

no me decido: mucha responsabilidad, mucha esclavitud...

—Hay que sacrificarse por el país—intercaló misia Loreto,—y tú te sacrificarás, como siempre, Navigio, sobre todo dada la insistencia del Presidente y de sus amigos.

—¿Saben ustedes que ya estamos enterados de quién es la rusa?—dijo Ernestina;—¿y por quién? por Casuso, que es el mejor polizonte. Apenas ha llegado y ya lo averiguó todo.

—Casuso, cuando no sabe una cosa, la inventa—intervino negligentemente Rómulo;—no hay que fiarse de sus informes.

Las damas protestaron: era un hombre encantador, divertidísimo, irremplazable; luego, inofensivo, de una bondad á toda prueba, amigo que jamás estorbaba ni molestaba, tan útil que no cabía más, y para esto de traer y llevar noticias un verdadero lince. Lo cierto es que, hasta hoy, nadie sabía quién era la tal rusa, y en menos de dos horas D. Valentín tenía la filiación completa, según á continuación se expresa:

natural de Polonia; estado, casada á medias por incompatibilidad de caracteres; profesión, sus labores... musicales, canta admirablemente; moralidad irreprochable, sí, señores, así como suena, irreprochable, y que se atrevan á decir lo contrario los conquistadores de la Rambla, ¿verdad, doctor Soto?

—¡Por Dios, Ernestinita!—exclamó don Navigio, más encendido que nunca;—yo no pongo en duda los informes del Sr. Casuso. ¿Por qué tiene usted la picardía de señalar-me como incrédulo respecto de la virtud, que yo reverencio, de esa señora polaca?

—Por nada, no se alarme usted—contestó la maliciosa;—papá es también del número de los crédulos, y aquí el único que duda, me parece, es el doctor Pares.

—Ni dudo ni me importa—declaró desdenoso el interpelado;—crea usted que no me interesa absolutamente esa señora Wanda.

Hablaba como el que hartó está de perdiciones, y tan harto como él debía de estar Gabinito, porque no concedía mayor aten-

ción al delicado asunto, y su cara fatigada, de cuarentón corrido, sólo expresaba el tedio y el desaliento. Los dos se volvieron á una pregunta de Flora, que se les había acercado, y se animaron, se rieron mucho, con carcajadas casi groseras. ¡El demonio de la Sotita! y qué gracia sutilísima tenía, cómo sabía, cuando lograba desvelar el semblante de aquella nube de sombras, cómo sabía decir las cosas y presentarlas con finura deliciosa! La risa sacudió los brazos de ambos é hizo temblar las copas, vertiendo el vino, que ella con la mano acudió á recoger para mojarse la cabeza, «porque traía suerte»...

—¿Es usted supersticiosa?—preguntó Rómulo, dejando humedecer sus dedos en el *agua bendita* que ella le ofrecía.

—Según la hora y el humor—dijo Flora.

Y tendió á Gabinito y á Ernestina la mano empapada en el líquido azucarado; y creció la chacota cuando D. Navigio expuso su calva á aquel bautismo de fortuna, muy á gusto.

Ernestina preguntó:

—¿Cuándo vamos al Faro?

¿Cuándo? Hubo diversas opiniones respecto del paseo al Faro. Unos señalaban tal día, las damas deseaban que fuera en día nublado; se recomendaba que no se perdiera la tanda de días apacibles que llevaban, pues ya se sabe que en Marplatina el tiempo es descortés y guarda las menos consideraciones posibles con los bañistas, y citábase dos detalles importantes: una buena merienda y la guitarra de Casuso; á Casuso sin guitarra no se le admitiría de ninguna manera, para que hiciera oír su nueva composición musical, *Tristes recuerdos del bien perdido*, en tiempo de mazurka.

Chisporroteaba la conversación, como el champaña en el fondo de las copas, y entre tanto los ojos de Ernestina vigilaban el grupo de Flora y de los dos caballeros, cuya atención monopolizaba con su pegajosa labia y sus mimos de solterona revenida. ¡La muy facha, tan escurridita y tan pintada! ¡El cuidado tenía de no acercarse a los labios de la

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

copa! como que se dejaría en ella todo el colorete. ¿Qué particularidad la notaban aquellos papanatas, que no se despegaban de su lado? Aunque huía de la luz, como el enemigo malo, el más ciego veía que se estaba cayendo de vieja...

Hay, indudablemente, impuesto por la larga cohabitación y la comunión de gustos y de afectos, algo que podría llamarse telegrafía sin hilos entre el marido y la mujer, una comunicación intelectual perfecta, transmisora de los pensamientos del uno á la otra sin el recurso de la palabra; pues bien: en esta manera muda de comunicarse y de entenderse, D. Navigio y misia Loreto sabían inspirarse mutuamente las ideas que al magín de cada uno asaltaban, á veces por medio de señas y á veces sin seña alguna. Magnífico receptor el cerebro de D. Navigio, reprodujo con fidelidad todo lo que en el de misia Loreto llegó á impresionar durante el transcurso de la agradable visita, y cuanto salió por su boca fué el eco de lo que pensaba su mujer, transmitido por la vibra-

ción de las ondas de la simpatía, ideas risueñas todas, rellenas de esperanza.

—Esto marcha, Navigio—pensaba misia Loreto;—la misma visita lo denuncia, el interés sin disimulo, el plantón, el diálogo animado... Al pobre se le cae la baba con Florita, admira su ingenio, y, como ya no es un pollo, quiere mujer de fundamento y de verdad. Ríe, Navigio, como yo; muestra el contento que nos retoza. El cielo se abre y nos sonríe con sus celajes rosados... Mírale cómo la habla, la escucha y la sigue por donde ella quiere llevarle, prendido y rendido ya... Córrrete, Navigio; di que tú pagarás la merienda y los coches, y hasta la guitarra de Casuso, si hay que pagarla. Muéstrate espléndido, ó todo lo perdemos; sacrifiquemos el último centavo en la campaña. Así como has pagado el refresco, paga lo demás.

—Por supuesto que yo pago la merienda—articuló la boca de D. Navigio, reproduciendo los pensamientos de su mujer—y cuanto haya que pagar; el paseo lo doy yo,

y ustedes no se negarán á ser mis convidados.

—Que se pague á escote, á la inglesa—propuso Gabinito.

—Di que no, insiste—pensó misia Loreto.

—Nada, nada—reprodujo la boca de D. Navigio;—yo pago, y no se hable más del asunto. Iremos el primer día nublado, para mayor gusto de las señoras, y se buscará una guitarra.

Eran las dos de la tarde; el concierto habría empezado ya, y como las de Soto tenían que prepararse, las visitas se excusaron, se despidieron y salieron atropelladamente, con *hasta luego* sin fin ni medida. Misia Loreto empujó á Florita; había que cambiar de traje por la tercera vez en el día, y aún faltaba la comida, y si había baile para el baile; estaban como los cómicos en el dichoso balneario; pero ¡con cuánto gusto soportaba ella estas fatigas de la vida elegante! Y su alegre pensamiento espoleaba al marido para que él también se mu-

dara de ropa; ¡claro, no iba á bajar de ba-tín y en zapatillas!

¡Plam! se cerró la puerta y empezó la guerra de llaveros, baúles, armarios y gavetas; en la sala vacía, en cuya consola central yacían las copas á medio consumir, las botellas humeantes aún y las truncadas pirámides de emparedados y de pastas, se oía la batahola vecina, voces de socorro á la camarera, el alborotar del timbre, la busca rabiosa de objetos extraviados, la sofoquina de la falta de tiempo, la conspiración de broches insubordinados, ó cintas que cuelgan, ó lazos que no se anudan bien, la aguja que hay que enhebrar, puntada que dar y desavío que corregir: toda la prisa angustiosa de última hora, que agravan los propios nervios.

Buen espacio de esta brega iba corrido cuando reapareció en la sala D. Navigio con traje primaveral, que le rejuvenecía notablemente; y zancada va, zancada viene, midió la habitación no sé cuántas veces... ¡Pero, Loreto! ¡estas mujeres! ¿no acabarían

de prenderse y emperifollarse? Daba golpecitos impacientes en la puerta, las azuzaba, las importunaba, y misia Loreto le respondía de allá adentro:

—Déjame en paz, ¿no ves que este pliegue del vestido es preciso recogerle? la camarera es una torpe, no sabe ni enhebrar una aguja... También se me ha perdido la chalina crema; ¿sabes tú dónde he puesto la chalina crema? estará en el fondo del baúl seguramente... Si todo fuera ponerse los pantalones como tú...

Al cabo de Dios te salve aparecieron las dos damas lujosísimas y sofocadas, y todo era remirarlas D. Navigio para juzgar, para anticipar el probable juicio del público. ¿Qué tal? ¿qué tal? Y D. Navigio guiñaba los carnosos ojillos, satisfecho de que bajo tan rico disfraz nadie pudiera conocer á la arruinada familia de la calle de Río Bamba.

—Mira qué bien está Florita—indicó misia Loreto, enfundando con mucha prisa los mitones de seda blanca;—anda, Florita, da vueltas para que te vea tu padre.

Flora dió vueltas por la sala gravemente, pasó y tornó á pasar, modelo de modisto parisién, en cuya triste seriedad se advierte la pesadez de la tarea y el desprecio de las galas prestadas, y con lentitud mecánica fué á detenerse delante de un espejo de estos que llaman pajes, y que en la sala no se sabía qué pitos tocaba, si no era capricho de huésped ó decoración de fonda. En él podía contemplarse de la cabeza á los pies, y se contempló detenidamente, severamente, primero el vestido, de precioso *fular* con florecitas, tan bien entallado que no hacía un solo pliegue; luego la gorguera de encajes, que descubría la garganta y algo del seno, todo lo que el pudor consentía; en seguida el peinado, un bosquecillo de rizos ceñido por el aro de oro, y por último el rostro, del que la habilidad de la madre había intentado borrar los años... ¡Ay! ¡era inútil, completamente inútil! las vejigas de los párpados, la descarnadura de las mejillas, el marchitamiento del cutis, advertíanse debajo del revoque. ¡Si parecía

una máscara, si estaba horriblemente fea! ¿por qué la obligaban á hacer aquel papel de niña en estado de merecer? la juventud es como el ingenio: no se puede falsificar sin que el artificio y la mentira se denuncien por sí mismos, cómplices que confiesan paladinamente y se entregan al primer ataque del fiscal, la luz.

Toda su amargura de solterona convicta se condensó en un sollozo, y dejó correr sus lágrimas, teñidas de albayalde, de carmín y de grafito; y así como el agua destruiría el bonito castillo de almidón y azúcar que el confitero adornó de calados, arabescos y festones, la efímera compostura de misia Loreto se deshizo, cayó el antifaz juvenil, y los treinta y cinco años de Florita se revelaron insolentes. Consternada, misia Loreto miró á D. Navigio, D. Navigio miró á Florita, y Florita, porque no la miraran y por no verse en el espejo, se ocultó la desdichada cara con el pañuelo, y así se consumó la obra de destrucción que iniciaron las lágrimas, tan abundantes éstas, y acompañadas

de sollozos cada vez más ruidosos, que la borrasca histérica parecía de mayor intensidad que otras muchas.

—Buena la hemos hecho—pudo decir misia Loreto, arrojando sobre la consola los mitones de seda;—tú estás loca ó poco te falta; ¿cómo bajamos ahora? bonitos te habrás puesto los ojos... Si quieres, irá Navigio á pedirle prestada su cara á Ernestina. ¿Qué te ha dado?

¡Ay! ¡que siempre había de ser la misma! ¿y por qué? ¿qué había pasado? ¡después de aquella visita expresiva y alentadora! ¿la dijo *él* algo desagradable? ¿la demostró desvío? ¿en los apartes recientes hubo alguna frase ó gesto que la molestara?

Y entre sollozos Flora contestaba que nada había ocurrido: que, al contrario, *él* se mostró gentilísimo y deferente... muy cortés, demasiado cortés. ¡Pero, era inútil, completamente inútil!

Como las actrices viejas que hacen papeles de ingenuas, por más arte que desplegara, la realidad la pondría en ridículo

ante el público. Y antes de recibir una silba, ¿no era mejor, de buen grado, reducirse al rango de característica?

—¡Dios mío de mi alma!—exclamó la madre.—¿Qué dices? ¿qué mosca te ha picado?

Flora puso la mano sobre su corazón, aquel corazón que el orgullo había perdido y los desengaños castigaron esterilizándole.

—Por aquí no pasa nada—dijo Flora,—nunca sintió nada, y no le creo ya capaz de sentir: es un reloj viejo, descompuesto, que no da la hora. Las almas, ¿me entiendes, mamá? á su paso por la tierra, en la obligada vagancia de su peregrinación, se encuentran una vez, una sola vez no más; sin duda, yo encontré mi gemela, no la ví, no me detuve, y perdí el rastro para siempre. Acaso, no me inspiraba el amor; acaso, no la merecía; ¡qué sé yo!

—¡Para filosofías está el tiempo!—interrumpió ásperamente misia Loreto;—mientras tocan los músicos en el casino, pretendes tú ahora darnos un solo de violón. Si

estuviera en mi mano rebajarte los años, te rebajaba treinta de golpe para pegarte treinta azotes. ¿Qué dices tú de esto, Navigio?

Don Navigio, aburrido, dijo que cada mujer era un caso clínico distinto, y, desgraciadamente, el de Flora parecía el caso más raro que podía darse. Aunque de malísimo humor, la señora trató de convencer á la desesperada, que sería muy posible que el alma aquella errabunda que ella dejó volar sin decirla al paso ¡por ahí te pudras! fuera la misma que en Marplatina se encontraba y acababa de echar con ellos unas copitas, prueba de que era una buena alma y bien nacida; que se calmara un poco, que se refrescara con agua los ojos, y previos los toques y retoques consabidos, nadie descubriría el estropicio causado.

—¡Mamá, mamá!—gimió Flora,—¡que me vengas con bromitas á estas horas!

Lo mejor, lo razonable, era abandonar en el primer acto la comedia, quitarse los disfraces, vestirse de lo que eran, de pobres

vergonzantes, y volverse á Buenos Aires callandito. En Buenos Aires, cambio radical de vida: suprimido el coche, suprimido el teatro y la modista y todo lo que no podía sostenerse, todo lo que por superfluo y por inútil les llevaba velozmente á la perdición; que el lujo no es una necesidad, es un vicio. Si el Presidente cumplía su palabra (y ella no fiaba en palabras presidenciales), mejor; con el sueldo del papá se cubrirían los créditos poco á poco, y se iría tirando como la discreción diera á entender; si no la cumplía, ella se pondría á trabajar... sí, á trabajar de institutriz, de tenedora de libros en un comercio, de telefonista... ¡La hija del ex-ministro y senador Dr. Soto, de telefonista! ¡trin, trin, trin! ¿quién habla? ¡allez! Central, comunicación con el número tantos... ¡trin, trin, trin!... ¿Y qué? ¿no trabajaba en casa como una criada? ¿no sabía hacerlo todo á la perfección? Ciega un día, atacada de megalomanía como muchos, sintióse curada por milagro, fuerte y sana para arrostrar el embate del mundo,

no ciñéndose cobardemente, mujer débil, el salvavidas del matrimonio, difícil ya de conseguir para sus medios, vanidad, ambición é ilusiones á un lado, sino abroquelándose en el trabajo. ¡El matrimonio! ¿no queda otro refugio á la mujer? ¿y las que ya no son jóvenes, ó dejaron de ser bellas, ó no disponen del dorado anzuelo que todo pez humano está siempre pronto á tragar? atadas, prendidas y amordazadas por el pudor, los miramientos, las conveniencias, el que dirán, sin voz, ni voto, ni derecho alguno, ¿qué les queda que hacer ante el desvío del hombre? entre la religión y el trabajo, ¿qué escoger? ¿por qué decidirse? ¡Pues ella, valientemente, llegado el caso, escogería el trabajo!

Misia Loreto, á disparates tan gordos é inoportunos, no supo contestar, sofocadísima. ¿Y qué contestar también, si saltaba á la vista que cuanto estaba diciendo era puro delirio, efecto del tremendo acceso que le había acometido de pronto? Porque, aunque fué siempre de extraño humor, pecaba

más de reconcentrada y metida en sí misma que de moralista, y jamás anunció tales desalientos y aprensiones. ¿A qué són salía ahora por tal registro? ¡Dios mío! ¿estaría loca? á su edad, en su estado... Tan extravagante máquina de desatinos, apenas la concebía una cabeza á la que no faltara ningún tornillo. ¡Mareharse de Marplatina callandito; mudar en Buenos Aires de vida, como los criminales empedernidos; ponerse de telefonista... Virgen santísima de Luján! ¿estaría loca?

—Florita, hija mía—suplicó la señora;—cálmate, dejaremos el concierto para otro día... Esta noche, si no quieres bajar á la mesa, no bajas... Mañana se te pasará... Vapores, los nervios, el tiempo, á todo hay que atribuir la razón de tu actitud, menos á motivos reales... Tienes demasiado talento para pensar lo que has dicho... Las exigencias sociales son grandes, son tiránicas, y hay que sucumbir antes que vulnerarlas... No discuto, no; ahora hablo yo; ¿ó me niegas la libertad que para ti te to-

mas?... La hija del Dr. Soto, si no encuentra marido que la mantenga en su posición elevada, ó no consigue su padre poder continuar manteniéndola en ella, debe ocultarse, debe desaparecer de la vista de cuantos la conocieron... En esto no valen los paños calientes... Tu padre, segura estoy, piensa como yo.

D. Navigio, puesto de espaldas, se encogió de hombros. Él no pensaba nada, bastante aburrido estaba de aquella escena. ¿Quién hace caso de extravagancias?

Y Flora se encaró con su madre, cesando de pronto en el hipar lastimero.

—Está bien, mamá; no lo olvidaré. Me ocultaré... tan hondo, tan hondo, que no me encontrarán. Entretanto siga la comedia, y gracias por haberme permitido retirarme unos instantes de la escena.

Sonrió al levantarse, y añadió que iba á quitarse las galas para descansar. Misia Loreto se acercó á besarla; la limpió con mimo los chafarrinones que las lágrimas habían distribuído por acá y por allí, y se

dispuso á acompañarla. La desnudaría ella misma, y la metería en la cama; la daría tila, y no se separaría de su lado hasta que se durmiera, como cuando chiquitita. Y á la mañana siguiente ya estaría buena, sin sombra de ideas ridículas, libre de la maniática ventolera de contarse los años, de creerse fea y de condenarse al limbo de las solteronas.

—Lo que yo siento es la sofoquina que hemos pasado para vestirnos —agregó,— y el plantón de los amigos... Baja, Navigio, y diles que ésta se ha puesto enferma. Diles que no es de cuidado, para que no se alar-men.

Silencioso, D. Navigio cruzaba la sala en són de cumplir el mandato, después de echar una mirada melancólica á las descorchadas botellas, que parecían burlarse de su estéril rumbosidad, y como bajara los primeros escalones, oyó que Flora repetía á misia Loreto:

—¡No lo olvidaré, mamá, no lo olvidaré!

---

---

### III

Aunque Rómulo y Gabinito se acostaban á las tantas, hipnotizados en la sala de juego desde que la familiar tertulia concluía por el cansancio de las damas, hasta que la mala suerte ó el excesivo desgaste nervioso les mandaba recoger, eran ambos muy madrugadores en Marplatina, y no por virtud ni por higiene, sino porque de nueve á diez tenía lugar en la playa la exposición de pantorrillas al desnudo y de formas veladas con discreción mayor ó menor, y de tan ameno espectáculo gustaban de disfrutar sentados, cuando no se bañaban, en sitio estratégico y junto á la orilla del mar, en estas á modo de garitas de mimbre, al resguardo eficaz del viento, cada uno con sus